

De los placeres y los peligros de las distancias (más o menos) cortas

Pleasures and Dangers in Short Distance

Elena BORRÁS GARCÍA

Embajada de Rumanía
hola@elenaborras.com

Itziar HERNÁNDEZ RODILLA

Universidad Complutense de Madrid
itzihern@ucm.es

Para concluir este número, hemos realizado una pequeña entrevista con dos traductoras, Elena Borrás García e Itziar Hernández Rodilla, partiendo de su experiencia como traductoras desde lenguas románicas (y no románicas, para contrastar).

En primer lugar, muchísimas gracias a las dos por participar en este número y por prestaros a esta entrevista. Empecemos por los primeros pasos: puestos a realizar el esfuerzo de aprender lenguas, ¿por qué las románicas? ¿Son una opción primaria/primer o un complemento?

Itziar: En mi caso, fueron una opción primaria. Gracias a la visión de futuro de mis padres, llevaba aprendiendo inglés desde los 7 años, de modo que a los 16 dominaba el idioma y había descubierto cuánto me gustaba estudiar lenguas extranjeras, así que decidí empezar con el francés y el italiano. El francés porque parecía la opción lógica todavía en España y el italiano porque adoraba el arte, la música y lo poco que había leído sobre Italia. El italiano acabó ganando y, cuando me faltó tiempo y había decidido

estudiar la carrera de Traducción, abandoné el francés en favor del alemán. La decisión de estudiar italiano fue, pues, anterior a mi intención de convertirme en traductora, pero el idioma siempre siguió ahí, por amor a la cultura sobre todo, aunque nunca pensé dejarla de lado en la vida profesional.

Y en tu caso, Elena, ¿cómo llegas al rumano? Se trata de una apuesta ¿arriesgada? ¿sorprendente? ¿Otro adjetivo?

Elena: En mi caso llegue al rumano por casualidad. Se combinó la inminente entrada de Rumanía en la Unión Europea y las posibilidades que esto presentaba, especialmente de cara a la interpretación en instituciones, que era una de las salidas que me atraían en aquel entonces, con el hecho de que existía la opción de estudiar rumano en la universidad de Salamanca, en la Facultad de Filología. El profesor me pareció estupendo y —por qué no confesarlo— los horarios me coincidían bien. A partir de ahí las casualidades siguieron dándose una detrás de otra: recibí una beca para irme dos meses a Bucarest y me quedé siete años.

¿Y como decisión en términos profesionales? ¿Tienen sentido como «hecho diferencial»?

Itziar: Supongo que el francés y el italiano no son la opción más obvia desde el punto de vista de la rentabilidad de la profesión, pero he de decir que hay bastante mercado del italiano en editorial (aunque no todo el que debería) y que no hay tantos traductores como de otras lenguas, lo que hace que casi todos los que trabajamos con italiano en la Península tengamos trabajo. Así que, en ese sentido, podría ser un «hecho diferencial». Por otra parte, para mí supone una llamada de atención a la conciencia traductora. Cambiando del inglés y el alemán (mis otras lenguas de trabajo) al italiano, me encuentro con problemas muy distintos y eso hace que me relaje menos. Para mí esa sería su «función complementaria».

Y de las lenguas a la traducción ya. En vuestra opinión, ¿qué tiene de especial traducir entre lenguas románicas (desde el italiano, francés, rumano al castellano/español)?

Elena: Supongo que es una obviedad pero en el caso del rumano las similitudes con el castellano son muchísimas. Esto hace que a simple vista parezca más sencillo traducir, aunque la realidad está lejos de ser esa. Además, en el caso de la poesía en ediciones bilingües quizás te ves más expuesta por qué los lectores tienen la impresión de entender el otro idioma aunque esto no siempre sea así.

Itziar: Para mí, lo que tiene de especial traducir del italiano es intentar mantener las diferencias donde hay tantas similitudes y, en el mismo sentido, disfrutar cada vez más de descubrir nuevas similitudes entre dos culturas a veces tan cercanas.

¿Existen percepciones diferentes en cuanto a la relación y la traducción de las diferentes lenguas románicas al español? Por ejemplo, frente al portugués-italiano, unidos por la cercanía, el caso del francés y su posición o el rumano, que parece menos «románico»...

Itziar: Creo que sí que hay una percepción diferente de la traducción de los distintos idiomas. En cuanto a los pares propuestos aquí, creo que la diferencia puede ser en cuanto al prestigio de hablar uno u otro también en el sentido de lo que se cree que cuesta aprender la lengua. Quiero decir: todo el mundo en España cree que sabe hablar italiano o portugués: no hay más que ver el rápido itañol/portuñol que desarrollan los turistas cuando viajan a Italia o Portugal.

Elena: Una de las peculiaridades del rumano, tanto para los «no iniciados» como para las que nos dedicamos profesionalmente a la traducción, es la existencia de casos. Para mí, lejos de ser una lengua «menos» románica es más bien todo lo contrario: es la más cercana al latín, aunque tenga influencias de lenguas eslavas, del francés o del turco. Inevitablemente, la utilización de —por ejemplo— el genitivo condensa la información en menos palabras o caracteres lo que presenta muchos retos en la traducción literaria, especialmente al en el caso de la poesía.

Itziar: Algo que le pasa, en cierta medida, también al francés porque, como suele decirse, no se leen todas las letras que se escriben y también resulta más difícil de entender cuando hablan. En este sentido, si traduces del italiano o el portugués hay, quizá, cierta sensación de: ¿y qué traductor español no puede hacerlo con lo fácil que es? Afortunadamente, eso no sucede en el mercado editorial y, al menos en lo que yo conozco, se cobra más por un idioma como el italiano que por el inglés, aunque solo sea por oferta y demanda.

¿Hay dificultades mayores que te plantea el italiano frente al inglés o al alemán, por extraño que pueda sonar? ¿Depende del tipo de texto? ¿De una retórica o estilo particular vinculada a la lengua?

Itziar: Sí, sí las hay. Es mucho más difícil despegarse del texto original porque todo tiende a parecer más natural en español. También es más fácil caer en los falsos amigos y hay cierta retórica que a mí me gusta conservar, pero que no todo el mundo agradece cuando lee en traducción el italiano. Por supuesto, esto depende de la obra. Hay, como siempre, textos mucho más directos, en los que casi es más difícil no dejarse llevar por el inglés, como pasa en español; y textos más complicados, en los que la retórica puede ser hasta una ayuda si no te dejas llevar por ella. Pero, en general, creo que es mucho más difícil traducir del italiano de lo que la gente (e incluso los traductores de otras lenguas) creen.

*¿Cómo se aproxima uno a un clásico como *Los novios*?*

Itziar: Con temeridad rayando en la imprudencia. A veces pienso que si me lo pidiesen ahora, con más experiencia, me costaría más aceptar el encargo. En cualquier caso, mi método de trabajo con *Los novios* fue el mismo que suelo seguir en cualquier traducción: no leo el texto antes de ponerme a traducir para conservar la frescura de la lectora, hago un borrador bastante pegado al original y trabajado en cuanto a problemas, pero muy abierto aún a tomarle el pulso al estilo de la obra, y que luego reviso mucho muchísimo antes de entregar. Y después hago una lectura final procurando ponerme en la situación de lectora española que no conoce el original: cosa harto difícil. Suelo contar para este paso también con una gran amiga, que se ha convertido en mi «lectora cero». Por lo demás, en *Los novios*, me basé para la corrección en dos ediciones italianas comentadas que me dieron pistas sobre ciertas cosas y tuve la suerte de contar, por un lado, con los conocimientos literarios de esa «lectora cero», que es especialista en el Siglo de Oro y, por lo tanto, podía ayudarme a decidir qué vocabulario elegir para dar más verosimilitud al relato y, por otro, con la maravillosa edición de los diarios de Joan Tomás Porcell sobre la peste de Zaragoza, de María Dolores García Sánchez, que me salvaron en más de una ocasión en cuanto a la comprensión de los muchos pasajes sobre la peste de Milán.

En tu caso, Elena, ¿hasta qué punto se superponen las funciones de traductora y difusora de la literatura rumana? ¿Cómo juzgas la presencia de la cultura rumana en España?

Elena: Traducir literatura rumana lleva inevitablemente aparejada la función, como mínimo, de agente literaria. En toda mi carrera, solo ha habido un par de casos en los que la editorial se ha puesto directamente conmigo para encargarme una traducción habiendo adquirido ya los derechos del libro. También sucede a veces que el propio autor realiza esta labor o conoce a un editor español por diferentes motivos y yo solamente tengo que negociar y firmar el contrato, pero en general estas son las (felices) excepciones. Pero también existe el otro extremo: ciertos autores dan por hecho que tú vas a querer promover su obra y preparar propuestas editoriales para moverlas en España por supuesto, sin que este trabajo esté compensado económicamente (han llegado a decirme que se debe hacer «por el honor»).

¿Sorprendente la cantidad de traducción editorial en italiano en el mercado español?

Itziar: Bastante. Por un lado, se traducen muchas cosas del italiano que el público percibe que proceden de otras lenguas y, en otros países de habla hispana, les llama la atención la cantidad de trabajo del italiano que tenemos los traductores en España. Por otro lado, sorprende la cantidad de cosas buenas y vendibles en España que no se traducen, no sé si por desconocimiento o desinterés editorial, o por falta de demanda

del público. Curiosamente, se traducen muchas cosas de menos calidad y pocas más «literarias». Aunque quizás esto sea un mal general en el mundo editorial...

Finalicemos en términos más reivindicativos, si os parece. ¿Constituye la traducción desde una lengua románica una forma de resistencia cultural en tiempos del inglés lingua franca o de otras opciones más exóticas?

Itziar: Creo que es una resistencia cultural inconsciente, sí. Quiero decir que no es una rebelión escogida, pero te coloca en defensa de lenguas y culturas más despreciadas por más similares o por origen. El clásico nadie es profeta en su tierra. En el caso del italiano, creo, más que en el del francés, que goza de la fama de ser la lengua de la cultura, la moda, la intelectualidad europea y el *glamour*. Frente a eso, creo que la imagen italiana está muy dominada por lo berlusconiano y la obras de los grandes maestros, y que eso la aleja o le quita valor en la mente española. No puedo opinar en el caso de otras lenguas románicas, pero me temo que sufran el mismo destino que el italiano.

Elena: La traducción desde cualquier lengua minoritaria o que no sea de larga circulación es una forma de resistencia cultural. El rumano quizás es percibido como la opción más exótica de entre las lenguas románicas (de hecho, hay gente que piensa que es una lengua eslava y una de las preguntas recurrentes que me hacen es si el alfabeto es cirílico). Pero hay que mencionar que sería muy complicado realizar esta «resistencia cultural» sin el apoyo de las instituciones que financian la traducción de obras literarias escritas en rumano.

¿Tiene sentido plantearse algo como la «traducción románica» en términos de Estudios/Teoría de Traducción? Sobre todo en estos tiempos...

Itziar: Pues lo cierto es que no sé muy bien si se podría hablar de «traducción románica», pero sí creo que podrían plantearse ciertos aspectos sobre la política de traducción entre lenguas que, en principio, son mayoritarias y que, sin embargo, crean una imagen muy sesgada, por ejemplo, en el caso de lo que se traduce del italiano al español. Puede que sea el momento de ponerse a hacerlo para dar más importancia al hecho europeo precisamente en estos tiempos...

